

Capítulo XCV.

Donde se vé como Colon busca á la justicia y no la encuentra.

Al verse entre sus amados hijos, se reanimó el abatido espíritu de Colon.

No le ocultaron, sin embargo, que consideraban perdida su causa.

El mismo Américo Vespucio, que habia hecho cuanto habia estado á sus alcances para reanimar los deseos de Colon:

—Todo cuanto intentéis será estéril,—le dijo;—el corazon del rey es frio como el mármol. Yo soy rico; disfrutad de mis riquezas, volved á vuestra pátria, abandonad este país ingrato. Voy en busca de mi hija, á cuya felicidad quiero consagrar toda mi vida, pero cuya idea me permitirá consagrarme tambien á vos. Venid á Italia.

—No,—contestó Colon.—Que me mate aquí la ingratitud si la Providencia en sus altos juicios lo tiene así dispuesto.

Viendo la formal resolucion del almirante, partió Américo Vespucio, y lo más que pudieron conseguir los amigos del ilustre marino, fué que el rey le concediese una audiencia.

Desde el primer momento leyó Colon en el alma del monarca.

Recibióle este con forzada cortesía.

Una risa glacial brillaba en su labios.

De buen grado hubiera abandonado para siempre aquella estancia el hombre á quien la indiferencia del monarca no podia acibarar la inmensa gloria que habia conquistado.

Pero doblgó una vez más su amor propio al deber que como padre tenia que cumplir, y se esforzó en hacer al rey una detallada relacion de su último viaje, del país que habia descubierto, de los tesoros que encerraba, y del estado en que habia encontrado la colonia fundada por él, pidiéndole que al menos le enviase á morir con honra en aquellas tierras, que tanto cariño le inspiraban.

El rey, sin conmoverse, aseguró á Colon que en cuanto los negocios más urgentes del Estado se lo permitiesen prestaría atencion á las reclamaciones que le dirigia, añadiendo que contase siempre con su amistosa proteccion.

Al mismo tiempo le anunció que, aunque sus hijos se habian quedado sin empleo por la muerte de la

reina, no los había olvidado, y pensaba utilizar dignamente sus servicios.

No se hizo ilusiones aquella vez el almirante.

Conoció que no tenía bastante fuerza para ablandar aquel corazón de roca, y sin esperanza, pero obedeciendo al deber, formuló en toda regla su petición, para que al menos quedase al mundo, si no le atendía, un ostensible ejemplo de la más negra ingratitud.

Pobre, achacoso, viejo, al borde del sepulcro, se ocupó día y noche en escribir una larga memoria de los servicios que había prestado á la nación, de los ofrecimientos que bajo su firma y con sello real le habían hecho los soberanos, de las vicisitudes que había sufrido, y la envió al monarca, pidiéndole que al menos premiase sus merecimientos en sus hijos.

El rey estaba en poder de Fonseca.

Conocía, sin embargo, que necesitaba dar una satisfacción al almirante, y aconsejado por el obispo contestó que, aunque reconocía la razón en que apoyaba sus exigencias, sus negocios se hallaban en tal estado que debían someterse al arbitrio de una persona imparcial y sensata.

Colon designó á su antiguo amigo fray Diego de Deza, pero solo para que entendiese en la cuestión relativa al arreglo de su fortuna.

En lo concerniente á sus títulos y dignidades, no admitía juez alguno.

La habilidad de Fonseca hizo, multiplicando los trámites, que se dilatase la resolución del monarca, y

trascurrieron muchos meses sin que se resolviese la solicitud de Colon.

Habiase nombrado una junta de descargo de la conciencia de la difunta reina y del rey, y Fonseca logró que las reclamaciones del almirante se sometiesen á la deliberación de aquella junta.

Dos consultas se hicieron á cuerpo, y nada se determinó en ellas.

No se ocultaban á sus miembros los verdaderos sentimientos del rey, y no podían oponerse á ellos, aunque en conciencia conociesen la justicia de las reclamaciones del almirante.

Todas estas alternativas acababan poco á poco con la existencia de Colon.

Su mortal enemigo, para halagar el amor propio del almirante y embrollar sus negocios, hizo decirle que, siendo su reclamación una cuestión de soberanía, no tenía el rey más remedio que aplazar su resolución definitiva hasta consultarla con su hija doña Juana, sucesora de su madre como reina de Castilla, que debía llegar muy pronto de Flandes con el rey don Felipe.

Esto no era más que un pretexto.

Fonseca, por la posición que ocupaba, no podía obrar descaradamente.

La astucia, la habilidad: hé aquí las poderosas armas que esgrimía con insaciable rencor contra el almirante.

La corte se trasladó á Valladolid, y Colon y sus hijos la siguieron.

Al poco tiempo de su llegada á aquella poblacion se agravaron sus antiguas dolencias, y tuvo que hacer cama.

Sus tribulaciones le impedían ver que los que estaban en torno suyo sufrían, no sólo con sus desengaños, sino con nuevos tormentos, que le ocultaban cuidadosamente para no agravar su situacion.

No sólo era Colon desventurado.

Las personas mas íntimamente ligadas á él por los lazos del afecto, sufrían por la misma causa, aunque con distintos fines, de sus opresores.

La felicidad, que habia sonreído un momento á Isabel y Villejo, habia vuelto á desaparecer.

Las esperanzas que Diego habia fundado en el amor de María, habian muerto en su corazon.

Veamos lo que habia sucedido.



CRISTÓBAL COLÓN.—...y vieron á la pobre ciega en el patio de la casa, sentada bajo una parra. .



lo no egre endo al à norvi y...—VOLLOJ LABÓTSRO
patio de la casa, sentada bajo una parra.

Capítulo XCVI.

Un nuevo plan de la gitana.

Como hemos dicho, la alegría de Inés y de sus hijos había durado poco.

En el primer momento madre é hija se confundieron en un abrazo.

Por el camino había preparado Bartolomé á Isabel, para que al encontrarla ciega, no experimentase una sensación tan dolorosa.

Aproximándose poco á poco para que la emoción no les fuera nociva, y vieron á la pobre ciega, en el patio de la casa, sentada bajo una parra acariciando á su perro favorito, que meneando la cola había ido á colocar su cabeza sobre la falda de su ama.

Bartolomé entró y los demás le siguieron.

—Ya he contado á vuestra hija que habeis quedado ciego de resultas de una enfermedad.

La ciega se levantó. Madre é hija quedaron unidas en un estrecho abrazo.

Era demasiado horrorosa la causa que habia privado de la vista á aquella infeliz, para que la supiera su hija, sobre todo en aquella ocasion.

Villejo, que ya contaba perdida para siempre á su adorada Isabel, experimentó una inmensa alegría, y despues de referirle la jóven todas las persecuciones de que habia sido objeto, convinieron en santificar la union de sus almas para entregarse á la felicidad que les brindaba el porvenir.

No contaban en aquellos momentos con la maldad de Aguado, que era poderoso, y se habia irritado profundamente al ver que le habian arrebatado su presa de la manos.

Al dia siguiente de la desaparicion de Isabel del convento, supo, porque la noticia circuló por toda la ciudad, el rapto de la jóven.

Inmediatamente puso en juego todas sus relaciones para averiguar su paradero.

Aguardó á que la noche siguiente fuese el hombre á quien habia comprado para que le secundase en sus planes; pero como era natural, no fué.

Entonces comprendió que le habia vendido.

Permaneció unos cuantos dias buscando á la jóven; pero sus pesquisas fueron infructuosas.

Entonces pensó que el mejor medio de hallarla era buscarla en donde estaba su familia.

Abañdonó á Portugal y se embarcó para España, llegando quince dias despues del arribo de Américo Vespucio.

Se trasladó instantáneamente á Sevilla, porque al mismo tiempo que buscaba á la jóven, no se olvidaba del deber que habia contraido con sus protectores para conspirar contra Colon.

Al poco tiempo de llegar fué una mujer á verle á la habitacion en donde estaba hospedado.

Aguado la reconoció.

Era la gitana.

—He sabido vuestra llegada,—le dijo,—y he adivinado el objeto que os trae á Sevilla.

—¿Sabes en dónde está Isabel?

—Lo que me extraña es que la hayais dejado escapar.

—¿Ha regresado á España?

—Sí por cierto. Pues qué, ¿no sabeis lo que ha pasado?

—No; pero es necesario que tú me lo digas.

—¿Os acordais de Isabel Monteagudo?

—Sí.

—Ella fué á Lisboa, llegó al mismo tiempo que vos, encontró á un antiguo amigo, á quien conoceis, que se ha enriquecido en sus viajes, le pidió su auxilio, y gracias á él pudo asegurar la presa.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Américo Vespucio.

—¿Está aqui?

—Ha salido hace poco con direccion á Medina del

Campo, donde está la corte.

—¿Y en dónde se halla Isabel?

—¿No lo adivináis?

—¿Al lado de su amante tal vez?

—Vos lo habeis dicho.

—¡Oh! ¡Yo los separaré!

—Muy de prisa teneis que ir, porque es posible que á estas horas hayan ya recibido la bendicion nupcial.

—¿Y qué me importa? Yo la arrebataré de sus brazos si es preciso.

—El es valiente.

—Yo soy poderoso.

—Ella preferirá morir á ser vuestra.

—Antes que sea de Villejo la mataré.

La gitana fijó una mirada en Aguado. Despues, sonriéndose diabólicamente:

—¿No habeis pensado un medio para realizar vuestros designios?—le dijo.

—No; pero ¿qué me importa? De todos modos los realizaré.

—Veo que no he hecho mal en cuidarme de vuestros negocios mientras estábais fuera.

—¿Qué has hecho?

—En primer lugar, no perderla de vista.

—¿Y es ya la esposa de ese hombre?

—Aún no; pero lo será muy en breve. Tengo en Baeza una persona que no pierde de vista á los amantes. Me cuesta bastante cara; pero he contado con vuestra bolsa.

—Has hecho bien.

—Alegraos, señor, porque habeis llegado á tiempo. Dentro de dos dias tiene que salir Villejo de Baeza, porque como soldado necesita la licencia del rey para casarse, y vuestros amigos, sin saber el favor que os dispensan, han arreglado las cosas de manera que tenga que ir á Medina del Campo.

—¿Y qué quieres decirme con eso?...—preguntó Aguado á la gitana con infernal expresion.

—Quiero deciros, que si cuatro hombres estuviesen emboscados cerca de Córdoba... y digo cerca de Córdoba porque allí es donde yo puedo disponer de personas de toda mi confianza, los cuales, apoderándose de él, podrian tenerle a vuestra disposicion, ó si era necesario, y se defendia, luchar con él, y...

—Basta; todo lo comprendo.

—Vos, mientras tanto, podiais ir á Baeza...—repuso la gitana.

—No digas una palabra más. ¿Cuánto se necesita para eso?

—¿Qué ménos ha de darse á cada hombre que cien ducados? En cuanto á mí...

—Eso queda de mi cuenta.

—Pues entonces no hay más que hablar.

—¿Me respondes del triunfo?

—Con mi cabeza.

Los dos se separaron.